

Lectura de reflexión

Vocación del Hombre, Valores e Ideales. Descubrimiento del valor y encarnación en forma de ideal. Aportes de Héctor Delfor Mandrioni (Selección de textos)

Héctor Mandrioni enseñó con la pedagogía del ejemplo, apuntando a los valores eternos que encarnó en su vida, tal como lo describió en el “modelo ideal” de su texto “La vocación del Hombre” (Griffa, 2011).

Para Mandrioni tanto el conocimiento sensible como el intelectual y su interrelación con las tendencias sensibles y la voluntad, abren al hombre al horizonte de la libertad, del Amor, de los “otros”, del “Otro”, es decir, desde esta concepción la persona humana respira la atmósfera del Espíritu.

“¿lo humano se diferencia de lo vivo, de lo psíquico? Y la respuesta es “sí”, por el Espíritu. Mandrioni (1965) siguiendo a Scheler (1928) afirma que el hombre posee tres características fundamentales: a- *Independencia, libertad, o autonomía, o desvinculación de lo orgánico*, es decir, percibir y conocer el ser-así de las cosas con independencia de las necesidades orgánicas del sujeto cognoscente; b- *Objetividad*, como la posibilidad de ser determinado por el modo de ser de los objetos, a diferencia del animal que queda incrustado en su medio y no puede abrirse al mundo y aprehenderlo en su objetividad; c- *Conciencia de sí mismo* como acto de recogimiento en sí, como una re-flexión y concentración de su existencia” (Griffa, 2011).

“El hombre con su inteligencia descubre valores, juzga situaciones, discierne el sentido de las cosas y en la medida que se orienta hacia determinadas metas, esas sus aspiraciones se van convirtiendo en los ‘móviles’ de su comportamiento” (Mandrioni, 1976, pág. 81).

La persona es y deviene históricamente y en ese movimiento elige y vive su “Vocación”, un proyecto, el sentido de su vida entendida como “especie de toma de conciencia gracias a la mediación del ‘otro’, de la imagen ideal, que el hombre debe realizar libremente” (Mandrioni, 1964, pág. 15). La vocación implica una toma de

conciencia a través de la cual el hombre discierne y aprende los contenidos de valor que asumirá en su vida.

“El ideal encierra el contenido y el sentido de la existencia. (...) A su vez, el sentido integral de la existencia surge del contenido que el ideal encarna. Dicho con el lenguaje grato a los fenomenólogos personalistas: el ideal contiene al valor. Los valores que, en parte, coinciden con lo que los escolásticos llaman el Bien, constituyen los grandes reflejos terrestres, o las participaciones posibles al hombre, del Sumo Bien”.

“(...) se trata del simple reconocimiento y aceptación de una determinada tabla de valores, eterna y objetiva. Este sería el momento teórico, indispensable, pero insuficiente. El ideal representa el valor en una etapa evolutiva posterior en su proceso de encarnación; representa el momento de apropiación personal. No se trata de un valor simplemente reconocido y en cierta manera distanciado, debido al elemento de objetivación implicado en todo conocimiento. No se trata de la simple aceptación abstracta a través de una fría decisión volitiva. (El ideal) Es el valor en su trayectoria de interiorización y personalización”.

“Así en la historia de cada persona existen momentos o períodos de tiempo en los que “un valor o una determinada constelación de valores, poco a poco o de un modo fulminante, cobra relieve en el fondo de su aprecio, se destaca del grupo de valores afines y se lo siente como más entrañable, íntimo, propio y único”. (...) “Es como si nos apercibiéramos de pronto que, ya desde antes, nuestro ser esencial estuviese hecho para la realización de esos determinados valores. Como “(...) algo ya en nosotros instalado, antes que se estableciera el encuentro consciente con ellos. Algo que madura ‘en’ nosotros y ‘con’ nosotros y que ahora se nos muestra como aquello que deberá definirnos y diferenciarnos. Es en esta vivencia donde se experimenta el aspecto objetivo y subjetivo del valor. Por una parte es sentido como algo que viene a nosotros, como algo recibido, como algo que solicita ser reconocido y apropiado, y a la vez atrae y exige. Pero, por otra parte es experimentado como algo para llegar a ser, depende de nuestra decisión, de nuestro empeño y compromiso. (...) El valor nos esencializa, pero nosotros lo existencializamos. El valor nos determina

finalísticamente, pero nosotros lo determinamos eficientemente; él nos da un rostro diferenciado, pero nosotros le otorgamos un rostro viviente en esta tierra, en esta nuestra historia, en esta determinada circunstancia” (Mandrioni, 1976, págs. 73-75).

“El ideal es en sí mismo una traducción subjetiva y personal del valor. Los valores como tales exigen ser realizados; como encarnaciones arquetípicas del Bien (...) encuentran en el ideal su rostro personal”.

El ideal, por una parte representa el ‘bien-en-sí’, por lo tanto es objetivo, persistente y universalmente valioso. Pero por otra parte, en cuanto es un ‘bien-para-mí’, debido a los rasgos específicamente personales que aporto, sólo me convoca a mí”. Existen “una diversidad de matices con los que un mismo valor puede ser actualizado en distintas personas” (Mandrioni, 1976, pág. 76).

Para Mandrioni cuando el ideal se instala en el centro de la persona y se convierte en una imagen interior que se torna en una presencia constante, sentida y orientadora, entonces “todo lo que en el hombre no se ajusta a sus exigencias normativas, debe eliminarse o transmutarse. En este sentido, significa un verdadero nacimiento para el hombre: el principio generador del organismo moral y de la auténtica personalidad psicológica” (Mandrioni, 1976, págs. 78-79).

“El ideal, además de ejercer una función unificante, se constituye como principio directivo” (Mandrioni, 1976, pág. 85).

“El *ideal* está llamado a dar sentido y contenido a la vocación, éste es el valor más alto que ese sujeto puede alcanzar a diferencia de los falsos ideales de vida, es decir, los *ídolos* (cuando se produce un falseamiento del valor, se elige lo que debe ser pospuesto, no por carencia real de posibilidades, sino por el desorden que implica) y las *ilusiones* (la persona coloca como valor más alto algo que excede sus talentos). Las sociedades actuales son proclives a los autoengaños, a proponer como ideales los valores subordinados, o bien aquellos que están más allá de las posibilidades del sujeto. De esta manera, la vida entregada a un ídolo o a una ilusión, se destruye vanamente” (Griffa, 2011, pág. 103).

“La grandeza del hombre estriba en la capacidad de llegar a ser en su vida aquello que ‘decide’ ser, en consonancia con sus posibilidades y con las exigencias axiológicas” (Mandrioni, 1965, p. 141).

Referencias bibliográficas

Griffa, María Cristina (2011). H. D. Mandrioni y la Psicología Homenaje al Maestro. *Revista de Psicología. Universidad Católica Argentina*, 7(13), págs. 91-112.

Mandrioni, Héctor Delfor (1964). *Introducción a la Filosofía*. Buenos Aires: Editorial Kapelusz.

Mandrioni, Héctor Delfor (1965). *Max Scheler. El concepto de ‘Espíritu’ en la antropología scheleriana*. Buenos Aires: Itinerarium.

Mandrioni, Héctor Delfor (1976). *La vocación del hombre*. Buenos Aires: Editorial Guadalupe.

Scheler, Max (1928). *Die Stellung des Menschen im Kosmos. (El puesto del hombre en el cosmos*. Buenos Aires: Editorial Losada, edición en español, 1967).

